

LA JUBILACIÓN DE DON QUIJOTE

AUGUSTO HORTAL ALONSO SJ¹

Querida Isabel:

Cuántas cosas te diría si yo *pudiera* escribir... Me gustan los homenajes; los ajenos los disfruto más incluso que los propios. Nos dan la oportunidad de recordar, saborear y celebrar la amistad que nos ha unido y que hemos entretejido a lo largo de los años compartidos. Celebrar lo que hemos sido; eso es al fin y al cabo lo que en gran medida terminamos siendo. Hay mucho que agradecer.

He pasado horas intentando escribir y dedicarte un artículo, mi contribución al libro homenaje que te están preparando. Para inspirarme volví a leer el artículo «Don Quijote apasionado o el loco ideal de cambiar el mundo» que me dedicaste en el libro homenaje coordinado por Camino y Alicia. Precioso y sabroso artículo. Me hubiera gustado dialogar sobre el apasionado afán de cambiar el mundo, o al menos la universidad; una pasión difícil de extinguir por más que desemboque una y otra vez en el desencanto.

Hay cosas en el mundo que vivimos que tanto a ti como a mí nos apasionaría cambiar. A mí ya no me da tiempo, ni tengo fuerzas para una nueva salida quijotesca. Anhelos sí me quedan y ganas de hablar de ellos y contagiarlos. En este presente cargado de nubarrones me hubiese gustado escribir y dedicarte algo que generara esperanza y valor a las distintas generaciones que hoy conviven con nosotros. Casi todas han tenido presencia en nuestras aulas mientras nos dedicábamos a la enseñanza. Esas generaciones son y serán las protagonistas de lo que se vaya a hacer en adelante. Me hubiera encantado ofrecerles algo que pudiera generar esperanza y concordia suficiente para que ellos –ya no yo, ni nosotros, los sobrada o prematuramente jubilados– pudieran hacer.

En tu artículo, cuando hablas de la edad de oro, hay una frase con la que me hubiera gustado dialogar ampliamente. Los quince años transcurridos desde mi jubilación de la docencia, una generación, han ido generando en mí una mirada agradecida por los años cumplidos. Es inevitable y tal vez además justo, que esos años tendamos a «dorarlos». No quisiera caer en esa «acusación contra el presente» de la que tú hablas. Pero recordar el pasado en alguna manera invita, me invita a mí y puede invitar a otros, a dar forma al futuro «siguiendo su modelo».

¹ Profesor emérito. Universidad Pontificia Comillas. Correo electrónico: ahor-
tal@comillas.edu.

Tu generación, la mía y alguna otra, es decir los que a la muerte de Franco teníamos entre 20 y 60 años, esperamos primero, estrenamos y disfrutamos después una transición a la democracia, que ciertamente no fue la edad de oro, pero sentó las bases que permitían vivir y convivir en paz y libertad a todos los españoles; evitamos así volver a hundirnos en el cieno mientras nos pegábamos a garrotazos. Alguien tiene que decirlo en alto por si alguien quiere oírlo. La generación de los que tendemos a decir «yo ya...», podemos decir «yo todavía», por si alguien quiere oírlo.

Todo eso y mucho más y mejor te hubiese dicho «si yo pudiera escribir». Lo siento, «en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño». Los años que me queden quisiera vivirlos aprendiendo a decir «amén» de corazón, sin resignación ni fatalismo, sino con honda aceptación y agradecimiento. He aprendido y sigo aprendiendo a apreciar más los molinos que los gigantes, y a los cabreros que no son muy dados a la vida pastoril, a las Aldonzas que no son Dulcineas, y sobre todo a Alonso Quijano el Bueno, y con todos ellos a ti, Isabel, la que eres, con la que compartí tantos años viendo pasar por nuestras aulas generaciones de jóvenes que seguro que buscaban y seguro que terminaron por encontrar su sitio para dejar el mundo un poco mejor que lo encontraron, que consiguieron percibir las rendijas que ofrece la realidad por donde quepa injertar lo que nuestros sueños tengan de realizables.

Bienvenida, Isabel, a la edad del júbilo.

Un abrazo

AUGUSTO HORTAL ALONSO
Madrid 28 de febrero de 2023